

sible á los aplausos y á las aclamaciones, la mirada vagando en el espacio, el pecho hinchado por un sollozo, su frente pálida echada hácia atrás, proseguía su declamación. Y cuando el último verso, mezclado con un gemido brotó de sus labios, sus ojos se apagaron, su cara se tornó lívida, su pecho se hundió en un espasmo supremo, su espalda pareció hincharse ante un soplo poderoso y de su boca salió un chorro de sangre negra, pesada.

Su triunfo acababa de matarlo. . . !

JUAN WILSON.

NOTAS DE REDACCION

Roberto de las Carreras, con amable dedicatoria nos ha enviado su libro. La sola galantería del literato nos obligaría á ocuparnos de *Sueño de Oriente*. Sin embargo aún cuando no mediara el hecho del envío, nos hubiéramos ocupado del un libro que es sin disputa, la nota literaria más alta que este año se ha dado en Montevideo.

El libro de de las Carreras ha caído en nuestro ambiente intelectual como una bomba. A la sorpresa, al aturdimientos de los primeros instantes, ha sobrevenido la calma, el silencio, la atonía. Este hecho por sí solo demuestra, que se trata de algo nuevo, de algo inesperado. A los gritos de protesta de los unos, de horror de los otros, de espanto de estos y de rabia de aquellos, ha sucedido la indi-

ferencia. El egoísmo, ese miserable egoísmo que impera en nuestro pobre intelecto; la envidia, esa espantable y horrible envidia que lo diesma, todo ese conjunto de miserias, de mezquindades, de cobardías, todo todo ha estallado en una lucha sorda é intestina, en una guerra implacable pero cobarde porque se oculta; minando, minando cada vez más, inoculando en nuestra pobre sociedad el virus enfermo de la mentira. Por otra parte la crítica ha callado, haciendo el vacío al rededor de la obra. El libro de Roberto de las Carreras ha sido víctima de nuestras miserias y de nuestras mezquindades.

Sueño de Oriente es sin duda alguna lo mejor en su género que se ha escrito en Montevideo de mucho tiempo á esta parte

Prescindiendo de nuestros convencionalismos respecto á su moral detestable, al fondo de la obra, á su sensualismo espantoso, al refinamiento salvaje y á la vez sublime con que ha sido escrito; su brutalidad exquisita, y el erotismo enfermo que de él se desprende, *Sueño de Oriente* es una verdadera joya única del género.

La factura es soberbia, artística, brutalmente hermosa. El lenguaje exuberante, rico, lujurioso. Derroche de color y de armonía, torrentes de luces y de resplandores, todo, en una mezcla artística, sublime. El lenguaje se desliza correcto, rápido, chispeante, sin una dureza, sin una salida de tono, sin una palabra de más, sin nada que lastime el oído, y en esto nos recuerda al burilador de los párrafos, al verdugo de la frase, al maestro Flaubert. *Sueño de Oriente* es un libro de trabajo, de trabajo paciente y continuado, en que la lima manejada habilmente no ha dejado una arruga, una sola sinuosidad. Y en esa superficie, lisa, bruñida, de cristal, las ideas corren, se deslizan en torrentes desatados, con diafanidad transparente. Su estilo es impecable.

Por otra parte el libro es lamentablemente venenoso. Su lectura hace mal, el refinamiento salvaje de su sensualismo enloquecedor emponzoña. Escalofríos y estremecimientos vagos nos recorren la médula, contracciones espasmodicas nos sacuden, y es preciso arrojar lejos, ese veneno sublime que se filtra en nuestro ser y nos

enloquece.

—Es el himno de la carne, su grito potente y grandioso que se eleva sorbe nuestro pobre espíritu que duda y se aterra. Y el delirio termina al fin, la cuerda demasiado tensa estalla con el chasquido de un beso. El sueño ha terminado y viene la realidad, que como fresca brisa sopla en las últimas páginas del libro y nos refresca la frente y las entrañas. Pero por sobre todo esto, la verdad se destaca, poderosa, deslumbrante.

La verdad es arte. Y triunfando la verdad, triunfa el arte. Y de los escombros y las ruinas que de las Carreras produzca con su libro, este se elevará siempre como una cruda nota de arte, como una manifestación soberbia de la verdad.—

Roberto de las Carreras ha sido un gran audaz, su espíritu independiente y revolucionario ha estallado en esa suprema mueca de desprecio ante la sociedad que el compadece y de la que él se burla.

Para él no existen convencionalismos, ni respetos; él hace caso omiso de nuestras leyes sociales y de nuestras costumbres; y por sobre todo esto, se alza él con la audacia y la altivez del hombre libre, del hombre independiente y seguro de la grandeza de su libertad. Sus extrañas teorías morales las sostiene con tanto candor, con tanta ingenuidad, con tal infantil convencimiento, que es preciso perdonarle. Roberto de las Carreras es un convencido.

Sus ideas son malas, espantablemente malas. Realmente hace daño ver sostener con tanta candidez lo inaudito, lo absurdo, sonreír con tanta alegría ante el adulterio; y encogerse de hombros con desprecio ante tanta monstruosidad.

Sin embargo, su audacia le gana el perdón, Roberto de las Carreras está perdonado de antemano.

Sueño de Oriente es un libro que ha sido repudiado, y sin embargo se ha vendido, ha tenido salida, llegando á ser un verdadero éxito de librería, y esto, ¿que prueba? sencillamente la hipocresía de nuestro público, que lee á hurtadillas, y en la soledad de las habitaciones lo que excomulga.

Sin duda alguna el libro de Roberto de las Carreras, no es me-

ritorio, no se hace acreedor al aplauso del filósofo ó del moralista, es sencillamente un libro funesto, pero del punto de vista artístico, despojados de nuestras pobres ideas morales y de nuestros convencionalismos, resulta esplendidamente hermoso. Allí hay arte, allí, hay vida, hay luz, hay color, hay armonía, hay verdad, hay sinceridad, y de la suma de todo esto tiene que resultar una nota brillante. Hay vida, porque bajo el estilo deslumbrador del libro vemos agitarse sus figuras, moverse sus imágenes y más de una vez nos detenemos admirados y confusos ante una figura demasiado atrevida ante una imagen demasiado verdadera. Hay luz, porque es un libro deslumbrante, transparente, diáfano, sin oscuridades y sin arcaísmos. No tropezamos ni con enigmas, ni con problemas oscuros. Hay color, porque la paleta del pintor ha quedado exhausta, vacía, en el derroche inmenso de colorido que ha hecho, vertiendo en el libro con mano generosa chorros de color, verdaderos torrentes de matices; hay armonía, porque la unión ha sido hábil, porque no se eleva en el concierto del libro ni una nota falsa, todo ha sido previsto. Hay verdad, porque el libro por sí solo constituye una verdad. Y volvemos á decirlo la verdad es arte.

En resúmen, *Sueño de Oriente*, no es un libro para nuestro medio.

Nuestro público atento solo á su tendencia sensual á su fondo demasiado carnal, no ha mirado la forma, que ha pasado desapercibida en el concierto de reproches y de protestas dirigidas á su autor.

Pero aún, admirando el lado artístico de la obra reprochemos duramente á ese espíritu demasiado altivo que nos ha deslumbrado, pero que ha inoculado en nuestro espíritu el opio venenoso de sus delirios.

Que hayan aplausos pero que también hayan censuras.